SERMONES

PREDICADOS

EN LA IGLESIA DE S. FELIPE NERI

DE LA CIUDAD DE CADIZ,

EN LOS DIAS 26, 27 Y 28 DE FEBRERO DE 1865,

CORRESPONDIENTES

A LA DOMINICA DE QUINCUAGESIMA

Y AL LUNES Y MARTES DE LA MISMA SEMANA,

EN EL SOLEMNE TRIDUO CELEBRADO

PARA

DESAGRAVIAR A SU DIVINA MAGESTAD

DE LAS MUCHAS OFENSAS QUE RECIBE POR LOS DESACATOS QUE SE COMETEN CONTRA LA IGLESIA SANTA Y SU CABEZA VISIBLE NUESTRO SANTISIMO PADRE PIO IX, Y PARA DISPONER LOS FIELES AL JUBILEO CONCEDIDO POR SU SANTIDAD.

POR EL DR. D. JOSÉ M. DE URQUINAONA,

DIGNIDAD DE ARCIPRESTE DE LA STA. IGLESIA CATEDRAL.

CADIZ.

EDUARDO GAUTIER, LIBRERO-EDITOR,

CALLE DE S. FRANCISCO, NÚM. 25.

1865.

IMPRENTA DE LA REVISTA MÉDICA,
á cargo de D. Federico Joly y Velasco,
CALLE DE LA BOMBA, NUMERO 1.

✠

Ecce ascendimus Jerosolymam, et consummabuntur omnia quæ scripta sunt per prophetas, de Filio hominis: tradetur enim Gentibus, et illudetur, et flagellabitur... et postquam flagellaverint occident eum.—LUC. 18, V. 31, 32 ET 33.

Hé aquí que vamos á Jerusalem, y se cumplirán todas las cosas que los Profetas han escrito del Hijo del hombre; porque será entregado á las gentes y se burlarán de él, y le azotarán, y despues de haberle azotado le darán muerte.

El hecho que nos anuncian estas palabras de nuestro divino Salvador, es un cuadro tristísimo que habíamos de estar siempre examinando y contemplando para aprender á conocernos bien á nosotros mismos, para palpar hasta donde llegan los desvaríos de la razon humana, y cuánto degenera nuestro corazon de sí mismo cuando lo dominan las pasiones: ahí se toca de la manera mas imponente y mas terrible toda la obcecacion y la perversidad de que somos capaces: si nos miramos bien en este espejo, por necesidad nos avergonzaremos de nosotros mismos, y llenos de un santo temor nos postraremos en la presencia de Dios para pedirle que nos tenga de su mano, á fin de no precipitarnos en excesos tan lamentables que necesariamente ocasionan nuestro envilecimiento y nuestra ruina.

La lucha del error con la verdad y del vicio con la virtud; el triunfo, si quier sea momentáneo, de las tinieblas sobre la luz y del crímen sobre la santidad; la monstruosa sublevacion del hombre contra Dios y la

conculcacion de este debajo de sus pies: esto es lo que Jesucristo nos anuncia, esto lo que el Evangelio nos refiere como un hecho que se realizó en medio del mundo, esto lo que la religion nos pone delante de los ojos como un misterio inefable de bondad y de misericordia de parte de Dios, y de obcecacion y malicia de parte del hombre. Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, maestro de las generaciones, bienhechor por excelencia de la humanidad, hecho blanco de la contradiccion de su mismo pueblo, entregado por él á las gentes como un malhechor, como un blasfemo, como un impostor, indigno de la existencia, burlado, azotado y muerto en una cruz.

Con razon los Apóstoles se quedaron ciegos por la misma confusion que experimentaron al oir este anuncio, sin poder alcanzar el hecho que les revelaba el Salvador, aunque sus palabras no podian ser mas claras y terminantes. Porque el hecho que les anunciaba Jesucristo es un misterio tan grande, que aun despues de realizado y creyéndolo por la fe, todavía nos parece imposible, no comprendemos cómo pudo suceder; pero sucedió, señores, y ved ahí á la razon del hombre en pugna con la razon de Dios; ved ahí á su corazon devolviendo agravios por beneficios; ved ahí sacrificada la causa del cielo por la obcecacion y la impiedad humana, si bien triunfando aquella de esta en su mismo sacrificio, porque *non est sapientia, non est prudentia, non est consilium contra Dominum*! No, el hombre no puede prevalecer contra Dios. Si el Señor permite que abusando de su corazon y de su inteligencia levante su mano contra él, se vale de sus mismos golpes para realizar sus mas grandes designios y coronarse entonces de mayor gloria; así sucedió en efecto, cuando despues de burlado Jesucristo y azotado y muerto en una cruz resucitó al tercer dia, llenando de confusion y de espanto á sus enemigos, y

formando del cuadro de sus humillaciones, iluminado por las glorias de su triunfo un testimonio magnífico de la misericordia y del poder que se entrañan en la grande obra de nuestra redencion, donde brilla la divinidad del Salvador de una manera tan sorprendente que deja cautiva en su consideracion nuestra alma, sin que la razon pueda negarle su fé mas firme y mas respetuosa;' ni el corazon su mas encendido amor, ni la voluntad su mas rendido y esmerado servicio.

Pero, señores, tanta es la desgracia del hombre, que aun despues de ese triunfo tan magnífico que hizo que la cruz del Salvador se enseñoreara del mundo, cediendo el lugar á su imperio la sinagoga y el paganismo; con esa lumbrera tan brillante delante de los ojos, con esa antorcha luminosísima que lleva diez y nueve siglos de estar iluminando al mundo, todavía hay muchos que no ven, ni estiman ni respetan á Jesucristo, todavía hay muchos que se burlan de él y le maltratan, y en cuanto está de su parte le dan muerte. Aquella contradiccion tan horrorosa que anunció Jesucristo cuando dijo á sus discípulos *ecce ascendimus Jerosolymam* etc., la estamos hoy viendo y palpando entre nosotros. En el apogeo de la ilustracion, en el progreso de la civilizacion humana, el hombre no ve á su Dios Salvador, ni lo estima, ni le respeta, ni le guarda consideraciones de ningun género, antes al contrario le desconoce, le desprecia, le maltrata y se ensaña contra él. Este es el gran pecado del siglo XIX, que trae desconcertada por todas partes á la sociedad, y á nuestra generacion degradada hasta el estremo, porque la sociedad pierde su equilibrio y todos sus elementos de órden cuando se aparta de Jesucristo, y el hombre se rebaja, se envilece y labra su mayor desgracia, cuando no conoce á su Dios Salvador ni busca en él su felicidad y su gloria.

Hé aquí el importante asunto de que voy á ocupar-

me en estas tardès; mostraros ese cuadro desordenado, haceros palpar la ceguedad y el crímen con que se manchan el hombre y la sociedad cuando oponen esa contradiccion á Jesucristo, y las consecuencias funestísimas de ella será todo mi objeto. Vastísimo es el campo que me ofrece la desgraciada situacion que vamos atravesando, porque donde quiera que fijo los ojos veo sacrificado á Jesucristo, veo al mundo rebelado contra él. Su revelacion divina, sus preceptos, su moral santa, sus sacramentos, su tremendo sacrificio, esa Hostia inmaculada en que se conserva realmente entre nosotros, su divina Esposa la Iglesia nuestra Madre, su sacerdocio, todo anda por debajo de los pies de los hombres, cebándose estos en conculcar cosas tan grandes y tan santas, sin echar de ver el abismo horrendo á donde su iniquidad los conduce.

Claro es que yo no puedo entrar de lleno en este complicadísimo asunto; en la necesidad, pues, de concretarme á una de tantas materias, me voy á ocupar de la que dá ocasion á estos cultos, preparados por la Congregacion del Oratorio, y dispuestos á la vez por nuestro Illmo. Prelado para desagraviar solemnemente á su Divina Magestad, y disponer los fieles, á fin de que ganen las gracias del Santo Jubileo concedido por la liberalidad de nuestro Smo. Padre Pio IX. Muy graves son las ofensas porque debemos este acto de reparacion, y yo deseo por lo mismo con toda mi alma conmover vuestros piadosos corazones, para que lloreis con lágrimas muy amargas los agravios que se hacen á nuestro buen Dios y los repareis con vuestros fervorosos homenages. Tambien deseo con grande ansia que si alguno de esos corazones infelices que hacen la guerra á Jesucristo, viene, sean cuales fueren sus miras, á oirme, hagan eco en él las palabras de vida eterna que el Señor se digne comunicar á mis indignos labios; y convencido de su yerro y arrepentido

de él mezcle tambien sus lágrimas con las nuestras, para que al menos en este santo templo nada vea el Señor que no se refiera á su mayor gloria.

Me persuado habreis comprendido ya que la materia de mis discursos vá á ser la contradiccion que actualmente se está haciendo á Jesucristo con motivo de la última Encíclica publicada por Su Santidad: este asunto se enlaza perfectamente con el Evangelio de donde están tomadas las palabras que sirven de texto al discurso. Con esta antorcha del cielo en la mano, poniendo delante de vuestros ojos las contradicciones que anuncia Jesucristo y tuvieron lugar en su divina persona, y haciendo un cotejo entre lo que sucedió entonces y lo que sucede ahora, vereis una perfecta identidad en los hechos, si bien con proporciones muy distintas, que hacen mucho mayor y mas sensible á nuestro divino Salvador el agravio enorme que está hoy recibiendo en medio de la sociedad. Tres clases de contradicciones nos revelan sus divinas palabras; burlas, azotes y muerte. Pues ved ahí marcada la division que voy á dar á la materia en las tres tardes de estos ejercicios.

Tengo una confianza muy grande en Dios, porque mis intenciones son muy sanas, porque solo el zelo de mi santo ministerio, mi amor á Dios, á los hombres, á la sociedad, á esas mismas desgraciadas criaturas que con sus lenguas y con sus plumas se burlan, azotan y quieren dar muerte á Jesucristo; solo ese amor, ese sentimiento de caridad y misericordia divina tan propio del sacerdocio católico, es el que me ha movido á tratar este delicado y comprometido asunto. Repito por lo mismo que tengo una grande confianza en que Dios ha de favorecerme con sus divinos auxilios para tratarlo con el acierto, con la dignidad, con la energía y la moderacion que corresponde; se lo he pedido mas de una vez con toda mi alma, y ahora os ruego á vosotros que me ayudeis á pe-

dírselo de nuevo, para que todo ceda en gloria suya, en honor de su Iglesia santa y en provecho de vuestras almas. Acojámonos á la proteccion de la Vírgen Santísima, que sin duda nos alcanzará del Señor los auxilios que necesitamos, si llenos de fe y confianza la saludamos con las palabras del Arcángel. AVE MARÍA.

Apenas parece creible que el hombre desconozca á su bienhechor cuando éste se le muestra con el corazon lleno de generosidad y de nobleza y con las manos rebosando beneficios; cuando con una voz paternal y misericordiosa le habla queriendo separarle de la senda de perdicion adonde sus enemigos le arrastran, y llevarle por caminos escogidos al centro de su felicidad y de su gloria. Increible, digo, parece, que á un bienhechor que se presenta con aspecto tan favorable, dando en sus obras testimonio de lo que es, brindando con su amor y con sus finezas, se le oiga con desden y hasta con desprecio, se desconozcan sus favores, se ria el hombre de sus beneficios, y lo mire como á un insensato ó á un necio, burlando así sus desvelos y afanes por salvarle y por hacerle feliz, y llenando su corazon de amargura: porque nada hay mas amargo para un corazon que de veras ama, que ver malogrados sus empeños y sus sacrificios por hacer feliz al caro objeto de su amor, y perdiéndose y arruinándose éste delante de sus ojos por su ceguedad y su obstinacion en no querer escuchar sus amorosas palabras ni aprovechar sus beneficios.

Si yo os propusiera este contraste como una teoría, me diríais acaso que era irrealizable, que era del todo imposible que el hombre desconociera á su bienhechor cuando le muestra su semblante cariñoso y le alarga su mano para salvarle, encontrándose él al borde del pre-

cipicio; pues eso que, propuesto en teoría os pareceria irrealizable, nos lo presenta el Santo Evangelio como un hecho sucedido en medio de los siglos, y con tales y tales circunstancias, que dando proporciones inmensas al beneficio y al menosprecio de él, forman un conjunto monstruoso, delante del cual la razon tiene que taparse los ojos avergonzada de sí misma, y el corazon fuertemente conmovido pedir al cielo sus afectos para llorar un desvarío tan funesto, y desagraviar con su llanto la enorme ofensa que despreciando el beneficio se hiciera al bienhechor.

Nada menos que todo un Dios vestido de nuestra propia carne es el que se presenta en medio de Judea, dando razon de lo que es y á lo que viene. Mostrando los títulos que acreditan su mision divina y el objeto de ella; probando con su sabiduría, con su virtud, con sus milagros, con sus argumentos incontestables que es legítimo enviado de su Eterno Padre, y tan verdadero Dios como él: que si se manifiesta en aquella forma es porque viene en ella á salvarlos. Con el empeño de realizar su obra de salvacion se lleva tres años enteros predicando su Evangelio, enseñándoles las verdades que debian creer y reprobando las falsas preocupaciones que debian desechar, condenando los vicios que tenian corrompido su corazon, y esplicándoles minuciosamente las virtudes en que debian ejercitarse; mostrándoles el abismo adonde los conducian sus desórdenes, y ofreciéndoles en sí mismo un poderoso y constante auxilio, para salvarlos de él, para levantarlos á una posicion brillantísima, para llevarlos hasta el cielo y allí hacer eterna su felicidad.

Todo esto lo hizo Jesucristo, señores, con la ternura de un Padre y la energía de un Dios; con palabras tan imponentes y tan divinas que cuando las leemos hoy en los libros santos, no puede menos de abismarse y

arrebatarse nuestra alma: y para dar mas fuerza de persuasion á sus razonamientos, para ganarse mas fácilmente el corazon de los judíos, á fin de salvarlos, les dispensó beneficios inmensos, obrando entre ellos los mas grandes milagros. ¿Quién no tendria por un imposible que un bienhechor de este género no fuera bien recibido, que sus palabras no se oyeran como las de un oráculo, y que todas sus máximas no se grabáran en el corazon para aprovecharlas, con esquisita solicitud, arrojándose el hombre en sus brazos lleno de gozo y dándole gracias de lo mas íntimo de su alma por su caridad y su beneficencia infinita? Pues ahí el hecho monstruoso que el mismo Jesucristo nos anuncia, y que el Evangelio nos da testimonio de haberse cumplido en todas sus partes. *Ecce ascendimus, Jerosolymam, et consummabuntur omnia quæ scripta sunt per prophetas de Filio hominis: tradetur enim Gentibus et illudetur.*

Esto fué cabalmente lo que hicieron los Judíos con Jesucristo, una completa burla de sus divinas palabras; por mas que se empeñaba en probarles que les decia la verdad, nunca querian creerle; por mas avisos saludables que les daba, siempre se desentendian de ellos. Se reian hasta de sus amenazas por terribles que fueran; sus sermones mas llenos de uncion y de sabiduría eran asunto de murmuracion y de mofa para ellos. Todos los afanes del Salvador se perdieron en la incredulidad y la obcecacion de aquel pueblo; todos sus beneficios y sus milagros no fueron suficientes para que le reconocieran por su Mesías Salvador. En medio de ellos vivió treinta y tres años, y con todo lo que habló y lo que hizo no logró que llegáran á conocerle: le tuvieron por un insensato, por un loco, hasta por un malhechor; y despues de haber burlado así la solicitud amorosa del Salvador, le entregaron á las gentes para que tambien se burláran de él. Hasta las últimas sacrosantas palabras que pro-

nunció en la cruz, que fueron el gran testamento de su misericordia, las oyeron con mofa, haciendo de ellas unas interpretaciones burlescas, que completando su obra de iniquidad, fueron causa de que en vano corriera para ellos la sangre del Salvador, pues quedaron reprobados del cielo á los pies de su cruz.

¡Oh, y cuánto tiene que aprender en este cuadro la razon humana que tanto se precia de sus luces! ¡cuánto tiene por qué horrorizarse el hombre sobre las consecuencias funestas del menosprecio de los beneficios de Dios! ¿qué clase de razon era la de los Judíos que no vió en Jesucristo á su Dios Salvador, ni en su celestial sabiduría vió mas que una mentira, una necedad? ¡Ah! una razon sin juicio, ciega, obcecada por las pasiones: esa es la razon del hombre cuando Dios no está con ella: y una razon de este género solo puede llevarnos á la ruina, á la perdicion eterna, como sucedió á los Judíos; abriéndose con su desgracia una herida tan profunda en el corazon de nuestro divino Salvador, que de imaginarlo tan solo, cuando iba subiendo á Jerusalen lloró amargamente, y despues en la cruz se quejó con su Eterno Padre en unas palabras misteriosas, que denotan la desolacion amarguísima de su espíritu por el abandono de Israel.

¡Qué buen precedente, señores, para poner los ojos en la Encíclica de Su Santidad! Tambien el que la ha concebido en su mente y la ha producido en público remitiéndola á todos los Prelados del orbe católico, ha dicho quien es y á lo que viene. *Pius Papa IX.* Con éstas palabras se encabeza la Encíclica. Ved ahí sus credenciales, que nadie puede desconocer; ved ahí los títulos de la gran mision que desempeña en el mundo: el legítimo sucesor de San Pedro, el Padre comun de los fieles, el piloto de la misteriosa nave que debe conducirnos al cielo, el maestro de la verdad, que el mis-

mo Jesucristo constituyó en el mundo para que la enseñara hasta el fin de los siglos á todos los pueblos de la tierra, y separando los frutos buenos de los malos pusiera en la boca de sus hijos, alimentos sanos que los nutrieran en la vida del espíritu, la cual consiste en conocer la verdad y en amar el bien; el cimiento de la Iglesia católica, que como piedra sólida debe sostenerla contra los torbellinos del infierno, impidiendo que se introduzcan en ella el error y los vicios; el Vicario de Jesucristo, que forma una persona con él mismo; porque en él vive y se conserva perpetuamente para continuar su obra de salvacion en beneficio del hombre y de la sociedad, que es la gran mision de Jesucristo.

Todo esto quiere decir *Pius Papa IX*, y los testimonios que acreditan esta verdad, son los mismos que demuestran la Divinidad del Salvador, porque Él fué quien instituyó el Papado con todos esos grandes oficios, el que trasmitió su mision soberana á Pedro y á sus sucesores, con todos sus poderes y sus honores y sus derechos, asegurando que con ellos estaria hasta el fin de los siglos, que la verdad jamás faltaria de sus labios, que por medio de su enseñanza serian confirmados en la fe desde el mas grande hasta el mas pequeño de los que compusieran su Reino. Y no hay medio, señores, ó el Papa es todo lo que Jesucristo dijo, ó Jesucristo no es Dios. Ved, pues, si son legítimos los títulos que nos presenta nuestro Santísimo Padre Pio IX y si deben ellos prevenir desde luego nuestra alma para oir con grande aprecio y veneracion sus palabras.

¿Y qué palabras son las suyas? ¡Ah! *Salutem et Apostolicam benedictionem.* Salud y bendicion Apostólica. Así anuncia con admirable sencillez el fin para que se pone en comunicacion con nosotros: para consultar á la salud de nuestras almas, para dispensarnos los beneficios de su mision divina, en una palabra, para ha-

cernos bien, como Padre amoroso, que olvidado de sí propio no piensa sino en nuestra felicidad. Despues de haber llamado nuestra atencion para que comprendamos el interés con que debemos oirle, pone delante de nuestros ojos el mandato que ha recibido del cielo para velar por nuestros grandes intereses; la esquisita solicitud con que sus dignos predecesores llenaron en esta parte su mision divina, y los paternales desvelos que han ocupado su propio corazon desde que la Divina Providencia le colocó al frente de su Iglesia. En testimonio de ello cita su primera Encíclica de 9 de Noviembre de 1846 y las Alocuciones de 9 de Diciembre de 1854 y 9 de Junio de 1862, en las que condenó monstruosos errores, contrarios á la ley natural, de enorme trascendencia en perjuicio no solo de la religion y de las almas, sino tambien de la sociedad civil. Luego nos avisa con amorosa solicitud de la zizaña que viene sembrando entre nosotros el hombre enemigo, y para que mejor la podamos conocer, hace una ligera reseña de los principales errores de nuestra época, esplicando en qué consiste su falsedad y cuáles pueden ser sus funestas consecuencias. Con el ardiente deseo de preservarnos de ellas, en uso de su autoridad suprema los condena de nuevo, por haberlos ya condenado en otras Encíclicas, manda á todos los fieles que los tengan por reprobados y condenados, se congratula con los Obispos del orbe católico por su pastoral solicitud y les encarece la perseverancia en ella y la mas esquisita vigilancia á fin de que sus particulares rebaños nada perciban de esos pastos ponzoñosos. Por último, ora fervorosamente y nos recomienda la oracion, concediendo con el fin de estimularnos á ella un Jubileo plenísimo, para alcanzar del cielo el remedio de tantos males, el triunfo de la verdad sobre el error y de la causa de Dios sobre los empeños de las tinieblas; para que la sociedad prospere y la religion se corone de gloria.

Todo esto, señores, lo desenvuelve el Santo Padre con una claridad en los pensamientos, con una sencillez y dignidad en las palabras, con una fuerza de conviccion y persuasion en el discurso, con una sinceridad y una fijeza en las consecuencias prácticas ó los hechos, con una ternura de corazon, con un fervor, con una decision y una energía que se dá bien á conocer es Pedro el que habla por la boca de Pio IX, como habló en otro tiempo por la boca de Leon, segun lo proclamaron los Padres del Concilio de Calcedonia. Y para complemento de su obra de salvacion, para que ninguno pueda ser sorprendido por el espíritu de las tinieblas y la salud de Dios abunde sin detrimento en nuestras almas, nos acompaña sus Letras Apostólicas con un catálogo ó resúmen de los errores condenados, como abiertamente contrarios á las verdades y máximas del Evangelio, á la constitucion divina de la Iglesia, á su disciplina, á su necesaria independencia y prosperidad, al buen órden de la sociedad y la familia, á los inviolables derechos de la justicia, á la pureza de la enseñanza religiosa y moral, á la buena disciplina de las costumbres, á la recta razon y al sentido comun.

Ved ahí, amados hermanos, en pocas palabras lo que realmente es la Encíclica de Su Santidad; un celestial antídoto contra la ponzoña del infierno que está envenenando á nuestra generacion; una voz de alerta que nos dá nuestro comun Padre para que no nos sorprendan y nos arrastren á la perdicion nuestros enemigos; un documento inspirado por el mismo Dios y sancionado con su autoridad soberana, que nos regala su legítimo Vicario en la tierra, como una prenda de su amorosa solicitud por nuestro bien y nuestra felicidad; un tesoro de verdadera sabiduría que derrama en nuestro corazon y en nuestra inteligencia las riquezas del Evangelio: una tabla de salvacion que se ofrece al hombre

y á la sociedad, para que no esperimenten un doloroso naufragio en la formidable borrasca de errores y de principios disolventes que ha suscitado el infierno ansioso de nuestra ruina.

¿Y á un documento de este género, qué aprecio y qué veneracion corresponde? ah! hincados de rodillas debemos recibirlo y besar cada una de sus letras, y grabar sus instrucciones importantísimas en el fondo de nuestra alma para estudiarlas y meditarlas continuamente, aprovechando en bien de la sociedad á que pertenecemos y de nuestras propias almas sus palabras de verdad y de vida eterna: y llenos de gratitud al bondadoso y celosísimo Pastor, que en sus Letras Apostólicas nos dispensa tan grandes beneficios, debemos volverle por ellas las bendiciones mas espresivas y fervorosas, y elevar nuestras súplicas al cielo para que Dios le colme de prosperidad.

Aun cuando no tuviéramos la fe de su dignidad altísima, ni miráramos por consiguiente su Encíclica como una emanacion del cielo; considerada solo en sí misma, por lo que contiene, por lo que dice, por lo que condena, por lo que se propone evitar, sería siempre un documento digno de la mas alta estimacion; y todas las naciones, cualesquiera que sean sus creencias religiosas, deberian recibirla con aplauso y sancionarla. Veden testimonio de ello el juicio que forma de la Encíclica uno de los periódicos mas autorizados de la iglesia anglicana. Este documento, dice, es uno de los mas solemnes llamamientos al mundo civilizado y á todos los que creen en el cristianismo, que están interesados en la felicidad de la sociedad y en el sostenimiento de la verdad y del derecho. Es un documento que debe atraer la atencion y el respeto, ya que no excite el interés y la simpatía, donde quiera que haya hombres que piensen y que conozcan la trascendencia de las cuestiones que trata. Es

una reconvencion y un consejo, consejo del género mas elevado, reconvencion que atañe íntimamente al siglo actual y que este no debe echar en olvido. Así habla de la Encíclica un periódico protestante, señores.

¿Y los católicos cómo hablan? ¿cómo se ha recibido la Encíclica entre nosotros? ¿qué aprecio se ha hecho de ella? ¡ay, hermanos mios! yo no quisiera entrar en este terreno que no ofrece sino penas muy amargas á un hombre de fe, á un corazon católico. El mismo sacrificio que consumó entre los judíos Jesucristo, ese es el que ha consumado y está consumando en las naciones católicas en la persona del Santo Padre. Al modo que aquellos hombres obcecados se burlaban de él, como antes contemplamos, desconocian sus beneficios, despreciaban sus consejos mas saludables y sus amonestaciones mas importantes, llenando de amargura su alma, con esta pésima conducta, y ocasionando con indecible pena de su corazon su mayor desgracia: así una gran parte del catolicismo se burla hoy de la Encíclica de Su Santidad, hace una completa mofa y desprecio de esas palabras de verdad y de vida eterna que les dirige el mismo Jesucristo por sus labios, se desentiende de sus amonestaciones teniéndolas por inoportunas, por estravagantes y aun ridículas.

Por mas que el Santo Padre nos diga que nó debemos creer en estas doctrinas ni en aquellas, que estos y aquellos principios nos conducen á la perdicion, se confirman en sus ideas, que son precisamente contrarias á la enseñanza de la Encíclica: se rien de los tristes pronósticos del Soberano Pontífice: y no satisfechos con burlarse así de Su Santidad, con dejar completamente burladas sus recomendaciones paternales, publican por medio de la prensa sus Letras Apostólicas; pero en un sentido réprobo y burlesco; *ad illudendum eum;* cabalmente como lo hicieron los judíos

cuando entregaron el Salvador á los gentiles para que tambien con ellos se burlaran de él.

Con miras tan perversas, señores, los mismos que han querido poner una mordaza á los Obispos para que ni aun siquiera mentaran la Encíclica entre los fieles; apenas la adquirieron se apresuraron á publicarla; pero vestida con los harapos del falso Rey, para que las grandes masas populares se reunan en torno de ella y la saluden con carcajadas impías, y en el taller y en la taberna, y en el hogar doméstico y en los grandes círculos sociales, sirvan para un rato de broma las palabras de vida eterna que nos dirige Su Santidad: *ad illudendum eum*; para que meneando sus cabezas delante de ese grande oráculo de la religion, en ademan de despreciar sus saludables instrucciones y preceptos, le vuelvan la espalda y continúen en la misma senda de perdicion por donde los errores condenados en la Encíclica los arrastran al abismo: *ad illudendum eum*.

Tal es la contradiccion que ha pasado y está pasando delante de nuestros ojos. La ofensa que en ello se hace á Jesucristo, burlado y despreciado en la persona de su legítimo Vicario y representante en el mundo, es sobre toda ponderacion enorme: lo es tanto mas que la de los judíos, cuanto que ellos nunca profesaron su fe; pero nosotros hemos recibido este don del cielo; y los mismos que así menosprecian las palabras del Santo Padre, son y hasta se glorían de ser católicos. ¡Qué inconsecuencia! ¡qué contrasentido! ¡qué absurdo!

La amargura que esta indigna correspondencia ocasiona al bondadoso Pio IX es indecible, señores: este es un secreto que se esconde en su corazon. No es precisamente su injuria lo que él siente, nó, lo que le aflige es nuestra desgracia; llora sí, como lloró sobre Jerusalen Jesucristo, porque sus hijos no se aprovechan de los avisos de su misericordia; llora por Dios á quien

contempla gravemente ofendido con una conducta tan desordenada; llora por los hombres y por la sociedad, á quienes mira en víspera de una lamentable ruina. Y porque su llanto no es el de la indignacion que provocan nuestros delitos, sino el del amor y la compasion que reclaman nuestra condicion de hijos y nuestra desgracia, levanta su corazon afligido al cielo pidiendo luz para tantos ciegos, á fin de que conozcan su yerro y se entreguen con entera confianza al que en nombre de Dios les habla para salvarlos.

Y á la vista de este tierno y edificante espectáculo, ¿qué haremos nosotros, hermanos mios? ¿no mezclaremos tambien nuestras lágrimas con las de nuestro buen Padre, y uniremos nuestras oraciones á las suyas para alcanzar del cielo la misericordia, la medicina de su divina gracia, que es la única que puede remediar tantos males? Ya os dije en un principio que estas eran mis miras en los sermones que debo pronunciar en el presente tríduo: conmover vuestros piadosos corazones y arrancar de ellos un homenage de reparacion para Jesucristo.

Vamos, pues, á ofrecérselo, señores, vamos á llorar á los pies del tabernáculo sobre ese insulto que se le hace en la persona de su legítimo Vicario, despreciando sus santas palabras, burlándose de sus caritativas amonestaciones, teniendo por una necedad sus Letras Apostólicas y por un desvarío sus condenaciones del error. En justa reparacion de esos agravios, que hasta con jactancia se le han hecho en el seno del mismo pueblo católico, hagamos nosotros nuestra solemne protestacion de fe, diciendo en voz muy alta, que aceptamos y veneramos la Encíclica de Su Santidad con todo el aprecio y respeto que corresponde á la dignidad altísima de la persona de quien procede, en la cual reconocemos y veneramos al mismo Jesucristo Ntro. Señor: que estima-

mos todas sus palabras como palabras de verdad y de vida eterna, y sus amonestaciones y sus preceptos como medidas de salvacion para nuestros mas grandes intereses; que todo lo que ella reprueba y condena lo reprobamos y lo condenamos con toda nuestra alma, y á cualquiera que intentare persuadirnos lo contrario, por autorizada que sea su persona y luminosas al parecer sus palabras, le contestaremos con el anatema que nos recomienda el Apóstol para todo aquello que no está en armonía con la doctrina del maestro que nos ha dado el mismo Dios.

Así lo creemos, Jesus mio, así lo protestamos para honra y gloria de vuestra Divina Magestad delante de ese Augusto Sacramento, en que residís lo mismo que á la diestra de vuestro Eterno Padre. Dignaos aceptar estos sentimientos religiosos de nuestra alma, en desagravio de las muchas ofensas que habeis recibido y recibís entre nosotros mismos. Y á ese Pontífice santo, cuya bondad de corazon, sabiduría y solicitud verdaderamente apostólica se revelan á todas luces en su interesante documento, á ese Pontifice llenadle el corazon de celestiales consuelos, que mitiguen las amargas penas que le ocasiona la mala correspondencia de sus hijos; dadle dias colmados de felicidad y de gloria antes de llevarle al cielo, para colocar en sus sienes la brillantísima corona que corresponde á su eminente virtud.

Y á los desgraciados que no ven en medio de la luz, que no tienen fe en el seno de la Iglesia católica, que no viven en comunion con la cátedra de Pedro siendo miembros del catolicismo, á esos desgraciados abridles los ojos, Dios mio, mudadles el corazon, hacedlos hijos dóciles de la Madre tierna y santa que les dió el ser sobrenatural en el Sacramento del bautismo. Que llegue un dia feliz, Jesus amorosisimo, en que pueda decirse de todos los que pertenecen á la Iglesia católica lo que se

decia de los primeros cristianos que no tenian mas que un corazon y un alma, así nosotros, un alma para creer cuanto la religion santa nos enseña por medio de sus legítimos maestros, y del maestro de los maestros que es el Pontífice Romano; un corazon para amar esa misma enseñanza y practicarla con decision, con firmeza, con perseverancia, hasta recibir la recompensa eterna preparada al fiel cristiano en la patria feliz de la inmortalidad, donde en santa y dichosa compañía os gocemos y alabemos por los siglos de los siglos.

✠

Ecce ascendimus Jerosolymam, et consummabuntur omnia quæ scripta sunt per Prophetas, de Filio hominis: tradetur enim Gentibus, et illudetur, et flagellabitur... et postquam flagellaverint occident eum.—Luc. 18, v. 31, 32 et 33.

Hé aquí que vamos á Jerusalem, y se cumplirán todas las cosas que los Profetas han escrito del Hijo del hombre; porque será entregado á las gentes y se burlarán de él, y le azotarán, y despues de haberle azotado le darán muerte.

Decia ayer tarde, que el contraste de una persona favorecida desconociendo el beneficio de su bienhechor, no aprovechándose de él cuando mas lo necesita, volviéndole las espaldas con desden y hasta con sarcasmo cuando le estiende los brazos para salvarle de una ruina que le amenaza; decia yo, que este contraste propuesto en teoría lo tendríamos por imposible, porque se resiste la razon á creer que un hombre pueda cegarse en esos términos, que menosprecie su misma felicidad, que teniéndola en la mano la arroje de sí, burlándose del corazon benéfico que le regala tanto bien y abrazando delante de sus ojos la desgracia.

Pues, señores, todavía encuentro yo una cosa mas imposible, una cosa que se resiste mas á mi razon, que no puedo conciliarla con los sentimientos mas íntimos de nuestra alma; y es, que la persona favorecida no solamente desconozca el beneficio y se burle del bienhechor inutilizando su obra de misericordia y consumando por su obcecacion ó su indolencia su propia desgracia, sino

que se rebele contra él y haga armas del mismo favor que recibe para maltratarle; que tenga la desvergüenza de insultarle cuando mas cariñoso con él se muestra; que eche mano hasta de la vil calumnia para desacreditarle y perderle; que desfigure sus beneficios y los presente como crímenes y le denuncie como un malvado á la sociedad; que suscite enemigos contra él que le ayuden en su obra de perdicion y haga su inocencia víctima de una persecucion la mas desalmada, en la que ninguna consideracion se le guarde, por muchas que reclame la dignidad de su persona, su beneficencia y su virtud.

Solo de imaginar, señores, un hecho de esta naturaleza, se llena de espanto mi alma, se horroriza mi espíritu, la indignacion no me cabe dentro del pecho, y pienso que á vosotros sucede lo propio, porque teneis un alma como la mia y un igual corazon. Pero acaso decís que ese cuadro tan oscuro, tan cargado de sombras tenebrosas solo puede existir en la imaginacion de quien lo finge, quizá con la idea de presentar la imágen mas monstruosa del crímen para espantar nuestra alma; decís que un hecho de esa naturaleza es del todo irrealizable, que tanta maldad no cabe en el corazon humano.

Pues yo tengo el sentimiento de aseguraros que el suceso aunque tan diforme, que solo imaginado nos horroriza y nos espanta, es una realidad que se ha representado en el mundo, y con circunstancias tan escepcionales y tan agravantes que dan unas proporciones inmensas al delito, en mengua de la generacion humana; porque la responsabilidad y la mancha de ese crímen, aunque condonada y borrada por el cielo, nos confundirá y nos humillará eternamente; haciéndonos ver que el hombre cuando perdió la inocencia perdió tambien el buen juicio de su entendimiento y la no-

bleza y la virtud de su corazon, que se hizo capaz de los mayores excesos, que no hay delito por enorme que sea que no pueda cometer. Conviccion tristísima que debe humillarnos constantemente en la presencia de Dios, para rogarle no nos abandone un momento en la carrera de este mundo, á fin de que lleguemos á su término sin contraer ninguna mancha de ese género, que tanto como provoca las iras del cielo excita la humana indignacion.

Ya es tiempo de recordar el texto del Evangelio y de hacer tambien memoria del asunto de actualidad que nos ocupa en estas tardes; ambas cosas se dan la mano, se identifican perfectamente y forman como un solo punto de vista en ese terreno de iniquidad, donde tanto tiene por qué avergonzarse nuestra alma. *Ecce ascendimus Jerosolymam, et consummabuntur omnia quæ scripta sunt per Prophetas de Filio hominis, tradetur enim gentibus et flagellabitur*. Hé aquí que subimos á Jerusalen, dijo el Salvador á sus discípulos, y se cumplirán todas las cosas que están escritas del Hijo del hombre, y será entregado á las gentes y le azotarán. Ya teneis el monstruoso hecho delante de los ojos, á Jesucristo, el bienhechor por excelencia del linage humano, cruel é ignominiosamente maltratado, cuando dispensaba sus mayores beneficios: y eso que los Judíos hicieron entonces con Él, lo repiten hoy los cristianos, y ahora mismo lo están maltratando del modo mas inícuo en la persona de su legítimo Vicario, tomando para ello ocasion de los grandes beneficios que acaba este de dispensarnos en sus letras apostólicas.

Hemos de tener tanto por qué llorar esta tarde, señores, que bien podemos disponer nuestro corazon para ofrecer á Jesus Sacramentado el copioso tributo de lágrimas que reclaman tan enormes ofensas. Aviva, Señor, la piedad en nuestras almas para que sintamos

cuanto es justo tus agravios, y en reparacion de ellos te demos del corazon los afectos mas tiernos y las mas espresivas alabanzas. Mucho necesito yo de tus divinos auxilios para hablar al corazon y á la inteligencia en asunto tan grave y tan importante. Pero te los pido por la intercesion de tu Purísima Madre, á cuyos piés todos nos rendimos saludándola con las palabras del Arcángel.—Ave María.

Nada mas difícil de esplicar que lo que realmente fué Jesucristo nuestro Señor para con los Judíos; la bondad de su corazon, la ternura de su amor, su ardiente solicitud por instruirlos y por salvarlos, la familiaridad con que los trataba á toda hora sin distincion de condiciones ni de clases, su particular afecto á los pobres y á los desvalidos, su indulgencia con los pecadores, su prodigalidad sin límites para dispensar beneficios y favores de todo género, en los cuales no menos resplandecia su gran poder que su infinita misericordia; aquella abnegacion hasta entonces nunca vista en el mundo de un hombre que sin buscar nada para sí, trabajaba incansablemente en bien de los demás: que con sinceridad admirable siempre hablaba la verdad, aunque fuera contraria á los poderes de la tierra que podian oprimirle, y sin pararse en respetos humanos de ningun género, donde quiera que descubria el crímen, hacía sobre él las advertencias y amonestaciones oportunas, unas veces con la dulzura de padre, otras con la firmeza y la energía de Juez; pero siempre con una caridad sobrehumana, que revelaba la condicion superior de su persona, que ponia delante de los ojos el fuego del cielo que ardia en su corazon. Todo esto reunido forma un cuadro tan interesante, tan subli-

me, que cuando fijamos nuestra consideracion en él, se arrebata el alma por las grandes y consoladoras impresiones que esperimenta dentro de sí, y el corazon se derrite de amor, y no encontrando la lengua en nuestro diccionario alabanzas dignas de tanta virtud, se remonta el espíritu hasta el cielo para tomar allí de la boca de los bienaventurados y de los ángeles las bendiciones y los cánticos de gloria, que corresponden á ese Dios magnífico, que en alas de su caridad divina vino del trono de su Eterno Padre al seno de una Vírgen, no mas que para manifestar tanto amor, para hacer tanto bien á los hombres, para colmar nuestra generacion de los mas grandes beneficios.

¿Y á ese Hombre-Dios tan benéfico, digno por la fineza de su amor de una correspondencia que no cabe en nuestra alma, lo maltratan los Judíos, siendo precisamente los testigos inmediatos de su bondad y de su misericordia infinita y los primeros que recogen en el mundo sus beneficios? ¡Ah! el hecho no puede ponerse en duda, pues consta del Santo Evangelio, y con unas particularidades tan diformes que llenan el alma de espanto y de horror.

La correspondencia que Jesucristo recibió de los Judíos por todos esos beneficios fué el aborrecimiento, el odio implacable: no podian verle delante de sus ojos sin llenarse de rabia é indignarse contra Él; los peores insultos que pueden decirse á un hombre, esos eran los que vomitaban contra su dignísima persona; las calumnias mas denigrantes las que proferian en su misma cara para desacreditarle con la gente sencilla, que juzgándole por sus obras formaba un concepto ventajoso de Él. Decian que era un hombre insolente y soberbio, que no respetaba la autoridad ni la ley, que profanaba sin escrúpulos las fiestas, que se acompañaba con la gente mas perdida de la sociedad, que con razonamientos fa-

laces y con prestigios diabólicos estaba alborotando al pueblo para preparar una sedicion, que llenara las desmedidas ánsias de su ambicion y de su soberbia, que era un embustero, un blasfemo, un hombre poseido del demonio, un malvado que solo con la muerte podria espiar sus crímenes.

¡Cuantas veces en efecto no trataron de dársela, tomando piedras para apedrearle, llevándole con violencia á una altura para precipitarle de ella y conspirando de otras maneras contra su vida! Ved, pues, ahí, en la aglomeracion de desacatos tan enormes, un diluvio de azotes que atormentaron lo que no es decible el divino corazon de Jesus; porque no hay martirio mas grande para un corazon tierno y noble que encontrar los horrores de la persecucion y la odiosidad, donde debia hallar las delicadas finezas de la gratitud: y ningun corazon en su ternura y su nobleza puede llegar ni con mucho al de Jesucristo, al modo que no puede darse persecucion y odiosidad, como la que encontró en los Judíos, á quienes tenia tan obligados á serle agradecidos por sus inmensos beneficios.

Pero la contradiccion de los judíos al Salvador no se limitó á este conjunto de vejaciones: como vosotros sabeis muy bien, y nos lo anuncia el texto del Evangelio, para llenar cumplidamente sus depravados deseos, le denunciaron como delincuente al tribunal de los Césares: y el Magistrado que ejercia su autoridad en Jerusalen, no obstante haber reconocido su inocencia, le mandó azotar. Así lo hicieron sus ministros con una crueldad tan espantosa que forma por todos conceptos uno de los misterios mas grandes de la Pasion del Salvador.

Ahí, á los piés de ese cuadro que el Evangelio pone delante de nuestros ojos cuando nos refiere el anuncio de Jesucristo, *ecce ascendimus Jerosolymam et Filius*

hominis tradetur Gentibus et flagellabitur; dando despues testimonio del cumplimiento del vaticinio; á los piés, digo, de ese cuadro, quisiera yo traer á todos los hombres, para que se avergonzáran de sí mismos, viendo los monstruos que nuestra generacion ha producido, y reconociendo en ellos hasta donde podemos llegar nosotros, en la senda del crímen cuando nos dejamos dominar de nuestras desordenadas pasiones: pensamiento poderosísimo para empeñarnos en combatirlas y avasallarlas por medio de la mortificacion cristiana, cuyos santos propósitos, mezclados con las lágrimas de nuestra compasion y de nuestro amor, son el homenage que de nuestros corazones reclama Jesucristo consumando el sacrificio.

¡Pero ay! que del fondo de aquella humillacion me parece oir una voz terrible, á par que angustiadísima que habla con relacion á nosotros; es la voz del Salvador que oyó en su éxtasis el Profeta; *supra dorsum meum fabricaverunt peccatores, prolongaverunt iniquitatem suam.* En mis espaldas, dice, se han cebado los pecadores; prolongaron su iniquidad. Fueron en efecto nuestras culpas las que le prepararon aquel suplicio; en expiacion de nuestros pecados lo sufrió Jesucristo, y con el enorme sentimiento de que los hombres reproduciendo la conducta de los judíos, renovando sus pecados y malos tratamientos contra Él, prolongarian su iniquidad hasta el fin de los siglos: *prolongaverunt iniquitatem suam.*

Ya nos encontramos en nuestro asunto; la contradiccion que por mucha parte de los católicos se ha hecho á nuestro Smo. Padre con motivo de su memorable Encíclica, es una tristísima reproduccion de los abominables escesos de los judíos y de los gentiles contra Jesucristo, que prolonga entre nosotros la iniquidad de aquellos, con tanto mayor sentimiento y pena de

este, cuanto mas grandes pruebas de amor y gratitud debia encontrar en el seno de su Iglesia católica.

Lo que es Pio IX como cabeza del catolicismo, lo sabe no solamente todo fiel cristiano, sino cualquiera que conoce la historia del mundo y de la religion: lo que es por sus condiciones personales, bien puede decirse que nadie lo ignora hoy en el universo. Como Soberano Pontífice, como Gefe supremo de la Iglesia es el primer bienhechor del hombre y de la sociedad; porque eso es Jesucristo, señores, cuya persona representa y cuya mision ejerce, por delegacion espresa y solemne del mismo Señor, que quiso perpetuar en la Silla de Pedro su ministerio de Salvador, para que fuera como una fuente inagotable de su bondad y misericordia infinita, que continuara dispensando todos los beneficios comprendidos en su obra de salvacion, hasta la consumacion de los siglos.

La cátedra en que se sienta Pio IX es el foco de luz que ha iluminado al mundo, disipando las tinieblas de la ignorancia y del error, de que nó pudieron purgar la inteligencia humana ni aun los mas célebres ingenios. De ahí se han enviado maestros para enseñar la verdad á todos los puntos del globo, hombres tan llenos de sabiduría como de abnegacion, que á costa de sacrificios indecibles, muchas veces derramando su propia sangre, han instruido á los ignorantes en la ciencia de la religion, que es la ciencia de la sociedad; porque en ella se contienen todos los principios del órden, todas las máximas civilizadoras, todos los elementos para constituir una república perfecta, en la cual el que manda, sea á un mismo tiempo Señor y padre de los que le obedecen, y los que cumplen sus mandatos, estrechados con vínculos fraternales entre sí, sean á la vez súbditos respetuosos y amantes hijos de quien los gobierna, asegurándose en esta be-

lla armonía los intereses de todos, con ventajas y glorias muy considerables del cuerpo social.

Esta grande obra de civilizacion la comenzó Pedro en el cenáculo predicando á Jesucristo, y progresivamente la han continuado todos sus sucesores hasta nuestros dias. A los desvelos de la Silla Apostólica se debe la renovacion del mundo, la transformacion de los indios salvages, que en nada se distinguian de las fieras, en hombres civilizados y cultos, no solo capaces de formar sociedad, sino de prestarle con su laboriosidad y con su industria servicios de grande importancia. A esta misma accion civilizadora, científica, humanitaria, que siempre ha arrancado del centro del catolicismo, sin retroceder jamás, ni estacionarse en el curso de los siglos, á esta accion eminentemente católica, á que constantemente viene dando impulso el Pontífice Romano, se deben todas las reformas, mejoras y beneficios que se conocen en la sociedad.

Yo reto, señores, á todos los enemigos del Papado para que con el libro de la historia en la mano, me desmientan esta verdad: y el que no quiera cansarse en leer sus gruesos volúmenes para convencerse de ella, si es que no lo está, lea al menos á nuestro inmortal Balmes en su célebre obra contra Guizot, que en medio de su buen talento tuvo la insensatez de coronar al protestantismo con una gloria que es esclusiva de nuestra santa y divina religion: repase, si quier sea por encima, esa obra interesantísima, y palpará en ella de cuántas maneras es el Papa, como cabeza de la Iglesia católica, bienhechor del hombre y de la sociedad. Desgracia es, señores, que la patria que tiene la honra de haber producido ese verdadero genio de nuestra época, haya dado tambien á luz los que mojan hoy su pluma en la tinta del infierno para manchar las glorias que él hizo resaltar en grado tan supremo.

Reasumiendo este vasto asunto en pocas palabras, diré que el Papa es el Maestro de la verdad, el santificador de las costumbres, el protector de las ciencias y de las artes, el conservador del órden, el enemigo inconciliable del crímen y de la falsedad, el defensor de la inocencia, el consolador de los afligidos, el amparo de los que se encuentran desvalidos y padecen persecucion, el celador de los derechos públicos y privados: todo esto es realmente el Papa en todo el mundo católico, porque en todas partes ejerce igualmente su ministerio, á todas se estiende con el mismo celo su paternal solicitud.

Y sobre ser todo esto Pio IX, como legítimo sucesor de San Pedro, es por sus condiciones personales el hombre mas interesante del mundo: nadie le vé, señores, que no lo admire: la santidad de su alma está retratada en su semblante, la dulzura y la bondad de su corazon se derrama por todos sus sentidos; ni las pruebas tan difíciles con que se ha servido trabajarle el Señor descomponen su espíritu, ni los peligros le arredran, ni teme á sus enemigos, ni le rinden los penosos trabajos de su árduo ministerio. Con su confianza puesta en el cielo y su corazon ardiendo en el amor de Dios y de los hombres, sacando fuerzas su gran virtud de su padecida y anciana naturaleza, camina siempre adelante, multiplicando sus desvelos y sus beneficios en bien de la religion y de la sociedad, pues su Pontificado solo en esta parte abraza mas que la historia de un siglo.

Ved ahí lo que es Pio IX; ved ahí lo que dicen de Pio IX cuantos han tenido la dicha de verle, cuantos le conocen á fondo, cuantos estudian su vida y la serie de sus hechos.

Pero entre nosotros, ¿cómo se habla de él, señores, con qué colores nos lo pintan, los que tomando el bien por mal, se han llenado de indignacion con motivo de sus

últimas letras apostólicas? Ay, hermanos mios! quisiera yo en estos dias no haber tenido ojos ni oidos para no ver ni escuchar lo que se ha escrito y se ha dicho contra esa persona dignísima, que merece todo el amor y la veneracion de nuestra alma! Me parecia estar viendo al blasfemo Voltaire, cuando en el delirio de su impiedad llamaba infame á Jesucristo, ó al apóstata y obcecado Lutero, cuando en el frenesí de su indignacion contra la Silla Apostólica, trataba al Romano Pontífice como al mismo Satanás.

¡Cuántas calificaciones inícuas, cuántos insultos, cuántos sarcasmos, cuántas calumnias, cuántas maneras horribles de azotar, de destrozar el corazon de ese Pontífice santo que así mira pagados de sus propios hijos sus mejores beneficios!

Se ha dicho de Pio IX que es un ingrato, que se desentiende de los favores que recibe y los paga poniendo en graves conflictos á su mismo bienhechor: que es un insensato, un estúpido, que no tiene sentido comun ni juicio propio, que se deja arrastrar de un partido de su curia pontificia, reprobado por la porcion mas entendida y sabia del mismo clero romano: que por su desacertada determinacion en la publicacion de la Encíclica se ha puesto en desacuerdo hasta con la persona mas inmediata á sí en su complicado gobierno como Papa y como Rey: que es enemigo de la libertad, de la civilizacion y de todos los adelantos que forman la gloria del siglo: que es un revoltoso, que se ha sublevado contra los gobiernos y contra los Príncipes, y enviando su Encíclica á los Obispos ha arrojado una tea incendiaria en medio de las naciones para alborotar las conciencias y ponerlo todo en desórden y confusion; que ese documento es una blasfemia, una obra de Satanás, un monstruoso engendro de injusticias, de disparates, de absurdos, indigno de correr libremente por la

sociedad: que... No puedo decir mas, señores, ni yo me acuerdo en este momento de todas las flores de este género con que la prensa culta y civilizadora del siglo XIX ha regalado á nuestro Smo. Padre, ni el amor y el respeto á su persona me permiten manchar mas mis labios con tan abominables conceptos. Vosotros lo sabeis, y algunos sabreis acaso mas que yo, supuesto que no he leido sino una parte mínima de lo mucho que se ha escrito en la materia.

Decidme pues ahora si falta algo á esta escena para que se parezca enteramente á la que representó el Salvador en medio de los judíos. Y si nosotros en el caso de haber existido entonces, siendo hombres de fé ó al menos de corazon, llenos de indignacion santa contra aquella infame canalla les hubiéramos tapado la boca para que no insultaran mas al Inocente y Bondadosísimo Jesus, hubiéramos arrancado el azote de sus manos para que cesaran de atormentarle, y en desagravio de tamañas injurias hubiéramos predicado con grande entusiasmo las excelencias del Salvador, ¿cómo no practicarlo así hoy que vemos renovada aquella contradiccion en la persona de su dignísimo Vicario el Sumo Pontífice Pio IX? porque realmente, señores, quien sufre y padece en este es Jesucristo, segun lo declaró él mismo al comunicar su mision altísima á los Apóstoles, de quienes era Príncipe y cabeza S. Pedro. *Qui vos spernit me spernit*: el que á vosotros, y muy particularmente á tí, Pedro, desprecia y maltrata, me desprecia y maltrata á mí propio. Cuando el infierno, señores, arma tanta griteria para conculcar al Ungido de Dios, debemos nosotros levantar muy alto la voz para defender su causa, colocándole á la altura eminente de su dignidad y de su virtud, á fin de que se le pague el tributo de amor y de respeto que por títulos tan sagrados le corresponde.

Para desmentir yo esas lenguas maldicientes no necesitaba mas que informaros de la política interior de Pio IX en sus estados pontificios, de su administracion temporal con todas las mejoras hechas en su tiempo, de la brillante situacion en que allí se encuentran las ciencias y las artes, de los hombres tan notables que tiene asociados á sí en el gobierno y en la enseñanza, de la buena acogida que da su benéfico gobierno á cuantas personas perseguidas ó desvalidas se amparan de él, de las gruesas sumas con que contribuye, en medio de su notoria pobreza, no solo al remedio de todas las grandes necesidades del orbe católico, sino á las empresas de interés público, de sus tratados ó concordatos con diferentes príncipes y naciones, de su indulgencia y su caridad aun para con sus mayores enemigos, de sus alocuciones y sus encíclicas, de su paternal solicitud para con la desgraciada Italia, para con las infelices repúblicas de América en que mas se ha cebado la revolucion, y para con la desventurada Polonia; de los trabajos de su Congregacion de *Propaganda fide*. Una sencilla relacion de esto, que son hechos que pasan á la vista de todo el mundo, seria la demostracion mas brillante de las bondades de Pio IX, de su amor sincero á las ciencias, á las artes, á la libertad y á la civilizacion verdadera; de su tolerancia, de su espíritu conciliador y de su ardiente celo no solo por el bien de la humanidad, sino por todos los grandes intereses sociales.

Pero no puedo estenderme á tanto, señores, ni hablando en verdad es necesario á nuestro objeto, pudiendo fijarnos en un punto de vista que nos lo descubre todo, que es como la vida abreviada de Pio IX y el resúmen ó compendio de su grande obra de salvacion, que abraza los veinte años de su pontificado. Este punto de vista es cabalmente la Encíclica que ha sido piedra de escándalo para tantos y tantos.

Yo no me espanto, señores, de este resultado, por mucho que lo sienta y lo deplore mi corazon; ni tampoco debeis espantaros vosotros. ¿Por ventura habeis olvidado lo que sucedió con la predicacion de Jesucristo, con la Encíclica evangélica que publicó para enseñanza de todo el mundo, dando comision á sus discípulos para que la circularan por la tierra? ¿Qué sucedió entonces? que los hombres *dilexerunt magis tenebras quam lucem, erant enim eorum mala opera*: así lo dice terminantemente el Salvador, que los hombres se dieron por ofendidos de aquella luz, prefiriendo á ella las tinieblas; porque tenian manchada su alma y les acomodaba mejor la oscuridad de la noche para encubrir sus desórdenes. Ved ahí la única causa de la oposicion rabiosa de los judíos y los gentiles á la predicacion del Evangelio: pues la misma es la que produce hoy esa guerra desalmada con tra la Encíclica de S. S.

El gran pecado que Pio IX ha cometido ha sido hablar claro, como habló en los dias de su predicacion Jesucristo; deslindar los campos, marcar la línea divisoria que realmente hay entre las tinieblas y la luz, entre la verdad y el error, entre lo malo y lo bueno, entre el vicio y la virtud; fijar una antorcha en medio del mundo para que nos conozcamos y nos entendamos: porque, señores, á tal situacion nos ha traido el desconcierto de la inteligencia y del corazon humano, que ya no podemos conocer las cosas por sus propios nombres; nos encontramos en una completa confusion de ideas y de principios, que seduce y engaña aun á las personas de buen juicio y de corazon recto. Filosofía se llama, por ejemplo, á la negacion de los principios fundamentales de esta noble ciencia que enseña al hombre á conocer á Dios y á conocerse á sí mismo; moralidad, á acciones enteramente contrarias á las máximas evangélicas; libertad, al desenfreno de las pasiones; independencia, á la

insubordinacion; progreso religioso, al indiferentismo; derecho, á las mas escandalosas injusticias; socialismo, á los principios mas antisociales; fueros del poder temporal, á la esclavitud mas humillante de la Iglesia; intereses públicos, á los elementos disolventes de la sociedad; civilizacion moderna, al materialismo práctico, á la despreocupacion, á la impiedad; liberalismo, á cuanto malo se conoce en el órden político, religioso y moral; porque en su sistema caben todos los partidos, aun los mas avanzados, con sus diferentes doctrinas y con todas sus consecuencias, al modo que en el protestantismo caben todas las sectas con sus errores.

Para purgar pues el mundo de esta pestilente atmósfera que todo lo contagia y lo perjudica, que tiene enferma de muerte á la sociedad; para eso ha levantado su voz el Padre por excelencia de la humanidad, el protector de de todas las naciones y los pueblos del mundo, el celador de nuestros verdaderos intereses: ha levantado su voz, sí, y entrándose en todos los terrenos en el filosófico, en el religioso, en el moral, en el eclesiástico, en el civil, en el de la sociedad humana, que arranca del hogar doméstico y se propaga y se multiplica en el mundo civilizado, en todas partes ha separado la paja del grano; con la antorcha del Evangelio por delante, ha dicho donde está el bien y donde está el mal, para que nadie perezca por ignorancia; para que el que quiera seguir por las sendas de perdicion que él condena, sepa que sus pasos llevan sobre sí la reprobacion del cielo, y que segun el juicio del Maestro que Dios ha dado á las generaciones, adonde camina es al abismo; para que la sociedad conozca bien sus peligros y se preserve de ellos y no siga por esa pendiente que á los ojos de todo hombre pensador la lleva á su ruina.

Claro es que en todo esto ha hecho Pio IX un beneficio importantísimo al hombre y á la sociedad; y yo ten-

dria mucha satisfaccion en demostrarlo con el minucioso análisis de cada una de las ochenta proposiciones condenadas, segun me propuse hacerlo en un principio; pero tuve que abandonar la empresa como imposible en un solo discurso: léanse bien, medítense, consúltese sobre ellas á la sana razon, á la conciencia, á la historia, á las santas y divinas escrituras; y no podrá menos de palparse la verdad y la justicia de sus palabras, y por consiguiente la realidad y la extension inmensa del beneficio.

Pero al cabo, señores, Pio IX ha dicho la verdad, y esto no podia sentar bien á los que profesan por sistema el error, á los que tienen manchada su conciencia y quieren cubrirla con la capa de la virtud á favor de las tinieblas: *dilexerunt homines magis tenebras quam lucem, erant enim eorum mala opera;* por eso se han enfurecido con su Encíclica; porque ha descubierto su crímen, porque les ha arrancado la máscara, porque los ha puesto en el terrible compromiso de abjurar sus falsos principios ó renunciar al catolicismo, mientras ellos querian ser ó parecer católicos, profesando sus propias doctrinas y viviendo segun los deseos de su corazon. Y aunque sea cierto que la obcecacion de estos hombres es tanta, que rechazando con pertinacia las condenaciones del Santo Padre persisten en el empeño de llamarse católicos; tienen contra sí nada menos que la sentencia del Salvador, *Qui Ecclesiam non audierit sit tibi sicut ethnicus et publicanus*: el que no cree á la Iglesia ni la obedece, debe reputarse como gentil y publicano, es decir, que no tiene parte alguna en su reino.

Esto es lo que los confunde y los desespera; y en ese vértigo de la inteligencia y del corazon han echado mano de las armas que sabeis para vejar con ellas la santidad, la inocencia, la consumada justicia de ese hombre admirable, que en las circunstancias mas crí-

ticas, debiendo temer la persecucion que iba á venir sobre sí, la arrostra con una grandeza de alma y un heroismo sobre todo encarecimiento, para llenar cumplidamente la mision que ha recibido del cielo en bien de la sociedad. No, no transigirá él con vosotros (hablo, hermanos mios, con los enemigos furibundos de la Encíclica), no transigirá él con vosotros, ni con vuestro liberalismo y civilizacion. Eso en que pensais inferirle una grave ofensa, esa octogésima proposicion condenada, que es la que mas os ha llegado al alma, esa es su mayor gloria. La verdad, la virtud y la justicia no transigen nunca; no, lo que no cabe en sus principios lo rechazan siempre, lo reprueban constantemente.

Y nada mas palpable, señores, que lo que ha dado en llamarse liberalismo, progreso y civilizacion moderna no guarda armonía con la verdad, la santidad y la justicia que están personificadas en el Santo Padre: precisamente con esa bandera, con la del liberalismo digo, con la del progreso y la civilizacion moderna se está haciendo hoy la revolucion religiosa, política y social en todo el globo: esa es la bandera de Massini y de Garibaldi: con ella se echan abajo los tronos legítimos, se desmembran los imperios, se roba el patrimonio de la Iglesia, se erigen en derecho las injusticias mas atroces y los crímenes mas horrendos, se extinguen las Comunidades religiosas, se lanzan de sus asilos de virtud á las esposas de Jesucristo, se destruyen los templos y los altares, se destinan á usos profanos los objetos consagrados al Altísimo, se corrompen las ciencias, se prohibe la práctica de los consejos evangélicos, se desenvuelve la licencia mas escandalosa en las costumbres y la prensa hace una persecucion desalmada á Jesucristo. ¿Cómo su Vicario en la tierra no ha de condenar con toda la fuerza de su autoridad la proposicion que asegura que el Romano Pontífice debe conci-

liarse con el liberalismo, el progreso y la civilizacion moderna donde caben crímenes y desórdenes de este género? Repito que esta es su mayor gloria, destituido de auxilios humanos que le sostengan, opónerse frente á frente á la revolucion, con la cual por falta de ánimo, están hoy transigiendo los poderes de la tierra.

Pero por lo mismo, señores, que ese arrojo de su grande alma le ha proporcionado las amarguras indecibles de esta impía y desalmada persecucion, debemos nosotros congregarnos alrededor de su trono, como María Santísima, el discípulo fiel y las piadosas mujeres de Galilea se agruparon en torno del Salvador, cuando cebaban en Él su infernal encono los obcecados judíos. Ayer en desagravio de las burlas de su Encíclica hicimos nuestra protestacion de fe en ella; hoy en justa reparacion de tantas calumnias y tantos insultos, debemos hacer nuestra protestacion de amor á nuestro comun Padre, predicando las bondades de su alma, las virtudes de su corazon, las muchas glorias de que se ha coronado en el desempeño de su elevadísimo ministerio, los beneficios imponderables que le deben el hombre y la sociedad. Todo esto exige, señores, que le bendigamos de lo mas íntimo de nuestra alma, que pidamos al cielo que tambien le bendiga, que lo conserve para nuestro bien y felicidad, que no acaben las pesadumbres con su vida, que su corazon justo y benéfico, digno de una vida inmortal, continúe por muchos años ejerciendo las principales y complicadas funciones que le son propias en nuestra misteriosa naturaleza, que respire en mejor atmósfera, que recoja aun en esta vida el fruto de sus desvelos y sacrificios, mirando volverse á él para implorar perdon y misericordia, los que ahora se alborotan y se ligan entre sí para ofenderle.

Jesus amorosísimo, que desde ese Sacramento Au-

gusto oyes nuestras humildes y fervorosas súplicas, dígnate concedernos lo que en honra y gloria tuya deseamos, para que siendo todos los católicos hijos amantes y dóciles de tu legítimo Vicario, formemos con él una comunion santa de verdaderos creyentes, y despues de gozar los grandes beneficios que la fe y la docilidad cristiana deben proporcionarnos en la tierra, disfrutemos en el cielo la bienaventuranza eterna cantando tus alabanzas por los siglos de los siglos.

✝

Ecce ascendimus Jerosolymam, et consummabuntur omnia quæ scripta sunt per Prophetas, de Filio hominis: tradetur enim Gentibus, et illudetur, et flagellabitur... et postquam flagellaverint occident eum.—Luc. 18, v. 31, 32 et 33.

Hé aquí que vamos á Jerusalem, y se cumplirán todas las cosas que los Profetas han escrito del Hijo del hombre; porque será entregado á las gentes y se burlarán de él, y le azotarán, y despues de haberle azotado le darán muerte.

Malo, malísimo es que el hombre se ponga en lucha con otro hombre, que desconozca los favores de su bienhechor, que se burle de él y le insulte, que levante su mano airada para maltratarle, y en un acceso de cólera clave en su corazon la espada homicida que le deje muerto sobre la tierra, ocasionando en la sociedad un grave escándalo y en la familia de su víctima un daño gravísimo. Sin duda, señores, que este es un crímen enorme que la razon y el corazon reprueban con indignacion y hasta con espanto, por lo mucho que se opone á los altos principios de la caridad y de la justicia y á los grandes intereses sociales.

Pero con ser tanta la maldad que se encierra en un hecho de este género, parece como nada al lado de la monstruosa iniquidad que comete el hombre impío que declara abiertamente la guerra á su Dios, que frente á frente se pone á luchar con él, que se empeña en destruir sus obras, en poner el pié encima de su misma divinidad, para pisotearla y acabar con ella y sentare en

su propio trono, y ejercer sus altos derechos cual si fuera realmente Dios. Preciso es haber perdido el juicio para concebir y acometer un atentado semejante; pues aparte de lo horrendo del delito, hasta la razon del hombre mas ignorante y mas estúpido conoce que en lucha tan desproporcionada el hombre siempre ha de salir perdiendo, que el que emplea sus fuerzas contra Dios trabaja contra sí mismo, que el que tira piedras al cielo necesariamente ha de ser víctima de ellas, pues con mas violencia que salieron de su mano caerán de lo alto para oprimirle.

Pero es lo cierto, hermanos mios, que ese pensamiento tan insensato cabe en la mente del hombre, y que su corazon no se arredra de practicarlo. Desde que al eco de aquella voz maliciosa y funesta, *eritis sicut Dii;* sereis como dioses, se trastornó la inteligencia humana y el corazon perdió el equilibrio de sus sentimientos, se entabló esa horrible lucha: tristísimos fueron por demás los primeros resultados de ella, que acabaron con todas las felicidades y glorias de la inocencia, dejando heridos de muerte á nuestros primeros padres y con una carga encima de trabajos y de miserias, que han convertido en un valle de lágrimas la tierra que habitamos, paraiso en otro tiempo de gloria y de felicidad.

Mas no por eso escarmentaron los hombres, cegada su razon por la soberbia como se cegó la de Adan, continuaron con sus mismas pretensiones, queriendo ser lo mismo que Dios, haciendo la guerra al cielo, empeñados en prevalecer contra el Altísimo y hasta en acabar de un golpe con su existencia, para ser completamente dueños de sí mismos, para entregarse sin rebozo á sus desordenados apetitos. ¡Cuántas veces, dijo el impío en su corazon, no hay Dios, segun la frase del Profeta, y atropelló por encima de sus respetos y de sus

leyes, todo conculcándolo en el frenesí de sus pasiones, y hasta lisongeándose en el monstruoso desvarío de su soberbia, de que no habia en el cielo un Dios que viera sus escesos y pudiera castigarlos! *non videbit Deus Jacob.*

A tal estremo han llegado los estravíos de la razon y del corazon humano en mengua de nuestra generacion, que abochornada de sí misma registra en las páginas de su historia hechos tan abominables, complicados muchas veces con tales y tales circunstancias que forman el cuadro mas desordenado y mas horroroso, delante del cual no solo tenemos por qué humillarnos y confundirnos, sino que nuestra razon se queda como espantada y el corazon poseido del mas profundo sentimiento, queriendo como deshacer lo que hombres ciegos y desalmados desgraciadamente hicieron; y cuando esto no es posible, empeñándose al menos en reparar de algun modo su crímen, en lavar la mancha que con él contrajo nuestro linaje, en consultar con todo el esfuerzo de la voluntad mas decidida al triunfo de la causa de Dios, con la cual está identificada la de los hombres.

Cabalmente, señores, se ofrece hoy á nuestra consideracion una escena de este género; la lucha del hombre con Dios cara á cara y en su mayor ensañamiento, tocando sus últimos estremos, aspirando al esterminio, al completo sacrificio, á dar muerte, en una palabra, el hombre á su Dios para reinar encima de su sepulcro.

¡Qué, os espantais? lo teneis por imposible? pues oid las palabras del Evangelio *Ecce ascendimus Jerosolymam, et consummabuntur omnia quæ scripta sunt per Prophetas de Filio hominis: tradetur enim Gentibus et illudetur, et flagellabitur et postquam flagellaverint occident eum.* Hé aquí que subimos á Jerusalen, y se cumplirán todas las cosas que están escritas del Hijo del

hombre, será entregado á las gentes y se burlarán de él, y le azotarán, y despues de haberle azotado le darán muerte: *occident eum*. Así anunció Jesucristo esta horrorosa catástrofe, que habia de tener lugar en su propia persona: y el anuncio se cumplió á la letra; porque los judíos pidieron la muerte contra él, y la autoridad accediendo á sus deseos convino en dársela, condenándole á padecer el último suplicio.

Vamos, pues, á examinar el hecho tal como se encuentra consignado en los libros santos, y convirtiendo luego nuestra atencion á lo que hoy sucede entre nosotros, con motivo de la Encíclica publicada por Su Santidad, veamos la proporcion que se guarda entre lo uno y lo otro, y nos llenaremos de horror y de espanto, tocando en uno y otro caso esa sublevacion del hombre contra su Dios, que no se contenta sino con su muerte. Muy grande habrá de ser el grito de reprobacion que arranque de nuestros pechos la consideracion de un atentado semejante; mucho mas si extendemos la vista á las funestas consecuencias del crímen, que envuelven en sí la desolacion mas espantosa.

El Señor me conceda los superiores auxilios que necesito para tratar dignamente y con provecho vuestro un asunto de tanta importancia; ayudadme vosotros á pedírselo, poniendo por intercesora á la Vírgen Santísima, cuyo patrocinio no puede faltarnos, si llenos de fe y confianza la invocamos con las palabras del Arcángel. AVE MARIA.

Es indudable, señores, que los judíos recibieron bastante luz del cielo, para conocer que Jesucristo era verdadero Dios; las solas maravillas que coronaron de gloria su humilde nacimiento formaron ya un testimo-

nio magnífico de su divinidad, que despues fué confirmado por el Eterno Padre de una manera esplícita y solemne cuando se bautizó en el Jordan, y ratificado por la declaracion terminante del Bautista. Con tan brillantes antecedentes se presentó el Salvador entre ellos asegurando que era el verdadero Mesías, y como tal Mesías, verdadero Dios. Esta verdad que continuamente les predicaba la demostró con los argumentos mas concluyentes y la comprobó con los mas estupendos milagros; así es que los judíos eran inescusables si no reconocian su Divinidad, porque la razon no podia apetecer ni recibir mejores pruebas para convencerse de ella, segun se los dijo con palabras muy claras y terminantes el mismo Jesucristo.

Pero estaban tan ciegos por el enojo que les ocasionaban sus saludables y enérgicas amonestaciones, con las cuales se proponia el Salvador corregirlos y santificarlos, que resolvieron acabar de una vez con su vida formando al efecto una conspiracion para perderle. Sin entrar yo ahora en los pormenores de aquel inícuo proceso, que por todas partes rebosa injusticia é iniquidad, diré en pocas palabras, que sentado el Pontífice á la cabeza del gran Sanhedrin le declaró reo de muerte, y no pudiendo por sí mismo ordenar la ejecucion de aquella monstruosa sentencia, como destituido de la autoridad judicial que residia en los Césares, le remitió al tribunal de estos en medio de un motin formado por las turbas del pueblo, que á grandes voces pedian ser rociadas con su sangre. Gravísimo fué el conflicto en que se vió el Magistrado de Judea, pues conocia perfectámente la inocencia de Jesus, y por lo mismo se resistia su conciencia á sacrificarle; pero las descompasadas voces del populacho y sus imponentes amenazas, atemorizaban á la vez su espíritu, y al cabo recelando que pudiera sobrevenirle una desgracia, si se negaba

resueltamente á las pertinaces exigencias de los judíos, con agravio enorme de la religion, de la humanidad y de la justicia, pronunció el fallo terrible contra el Hombre Dios; y escoltado de sus guardias le entregó á las turbas para que consumara en la cruz su gran sacrificio.

El sol se oscureció entonces, señores, los cimientos de la tierra se conmovieron, hasta la muerte se estremeció y dió señales de vida arrojando sus víctimas de los sepulcros; fué aquel un espectáculo tan raro, tan singular, tan admirable, tan lleno de misterios como lo era el incomprensible suceso de morir todo un Dios á manos de los hombres. Y cuando la naturaleza, con su trastorno, como espantada, daba testimonio del horrendo deicidio que acababa de consumarse en la crucifixion del Salvador, los judíos, perpetradores del crímen, estaban muy satisfechos de su obra, y se felicitaban entre sí por haber logrado su objeto; sin traslucir siquiera su responsabilidad enorme, que habia recibido ya la condenacion del cielo, y muy en breve acabó con su nacion y con su templo, derramándolos por el mundo con una señal de ignominia en la frente, para que sirvieran de escarnio al universo; y con su triste ejemplo enseñaran á las generaciones la maldicion terrible que lleva sobre sí el hombre cuando se rebela contra el cielo, cuando pone el pié encima de la Divinidad.

Muy justo es, señores, que delante de esa escena tan lastimosa como interesante, que nos muestra el gran sacrificio de nuestro Divino Salvador, derramemos el llanto del dolor y de la gratitud y cantemos himnos de gloria, que con la aleluya de los bienaventurados y los ángeles formen un coro armonioso de alabanzas en honra de su altísima Majestad: tambien importa mucho que estudiemos en ese cuadro tan diforme, en la parte que hace relacion á los judíos, las grandes lecciones que nos da el cielo sobre no hacer resistencia á las voces

de Dios, ni malograr las visitas de su misericordia; pues precisamente por haber cometido este gran pecado los judíos, se mancharon con el horrendo deicidio que los hizo tan infelices para siempre.

Tan infelices para siempre dije, ¡ah! ¿podrá alcanzarnos á nosotros la misma desgracia? ¿podrá suceder que nos repruebe el cielo como á los judíos, que la Iglesia católica nos lance de su seno ó desaparezca de entre nosotros en castigo de nuestra iniquidad? Señores, yo tiemblo del porvenir cuando me hago estas preguntas á mí mismo, y veo y estudio los hechos de nuestra historia contemporánea: por todas partes descubro la mano del hombre levantada para dar muerte á Dios, que vive identificado con su Iglesia católica; y si el sacrificio se consuma de parte del hombre, por mas que la Iglesia quede con vida porque es eterna, ay! ay! del que dé contra ella el golpe de muerte, nada mas espantoso que su ruina.

¿No veis lo que está sucediendo con motivo de la Encíclica publicada por S. S.? ¿No lastiman vuestros oidos esas voces tan descompasadas con que se pide la muerte del Papa y de la Iglesia, que es pedir la muerte de Jesus, amotinándose las masas en torno de la autoridad que puede condenarle para que pronuncie la sentencia funesta, y preparándose á la vez con grande algazara para celebrar el sacrificio?

¿Pero qué muerte es esa, me direis acaso, ni qué sacrificio? ¿Por ventura no lo alcanzais vosotros? ¿Ignorais quién es el fundador de la Iglesia católica, qué clase de constitucion es la de esta, cuáles son sus derechos y sus oficios? Yo quiero persuadirme de que lo sabeis; pero sin embargo, voy en breves palabras á decirlo; porque este es el punto capital de la materia que nos ocupa; en esto estriba la inviolabilidad de ese documento pontificio; esta es la razon sólida, incues-

tionable, que hace reo de lesa Majestad Divina, reo de poner la mano encima del mismo Dios para destruirle en su obra á cualquiera que se crea autorizado para desgarrar sus páginas, que arrancar de él aunque no sea mas que una de sus letras.

El fundador de la Iglesia católica es Jesucristo, Hijo consustancial del Eterno Padre, Dios verdadero de Dios verdadero, á quien toda criatura en los cielos y en la tierra debe la fe, la sumision y la veneracion mas profunda. El cimiento invisible de ella es el mismo Señor, á quien los judíos reprobaron, y que bien á pesar suyo vino á constituirse como piedra angular á la cabeza de Israel y de las naciones para formar de ambos un solo pueblo de verdaderos creyentes, donde se adorara á Dios en espíritu y en verdad, y se recogieran las bendiciones de su misericordia. Esta es la grande obra de su poder y de su sabiduría que ha llenado de admiracion al mundo, segun lo anunció Él mismo á los judíos con referencia á un salmo de David: *lapidem quem reprobaverunt ædificantes hic factus est in caput anguli. A Domino factum est istud: et est mirabile in oculis nostris.*

El cimiento visible, que sustituyó Jesucristo á su propia persona, por cuanto Él debia subir como hombre al cielo para tomar asiento en el solio de su Eterno Padre, es Pedro y sus sucesores, segun la declaracion espresa del mismo Salvador, que en presencia de sus compañeros le confirió tan alta dignidad con estas terminantes palabras: *tu es Petrus, et super hanc Petram ædificabo Ecclesiam meam, et portæ inferi non prævalebunt adversus eam. Et tibi dabo claves regni cælorum. Et quodcumque ligaveris super terram: erit ligatum et in cælis et quodcumque solveris super terram, erit solutum et in cælis:* tú eres Pedro, ó segun las versiones orientales, tú eres piedra, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia y

las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Te daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que ligares en la tierra, se dará por ligado en el cielo: y lo que desatares en la tierra, se dará por desatado en el cielo. De esta manera tan solemne le constituyó Jesucristo al frente de su Iglesia como Príncipe soberano de ella, como cabeza de aquel cuerpo místico, como piedra angular ó centro de aquella vasta sociedad, donde habian de caber todos los reinos del mundo, como su legítimo vicario y representante entre los hombres, revestido de todos sus poderes; porque nada hay en la mision de Jesucristo que no se comprenda en las llaves que puso en sus manos, con facultades tan ilimitadas y tan absolutas como habeis oido en sus divinas palabras: *quodcumque ligaveris super terram erit ligatum et in cœlis, et quodcumque solveris super terram erit solutum et in cœlis.*

Las otras piedras fundamentales de este edificio enlazadas íntimamente con la primera, como principal, son los Apóstoles y sus sucesores los Obispos, á quienes tambien comunicó su mision el Salvador, constituyéndolos verdaderos pastores y gobernadores de su Iglesia, como lo testifica el Apóstol á los de Efeso: *In quo vos Spiritus Sanctus posuit Episcopos, regere Ecclesiam Dei.* La estension de este edificio es todo el orbe; porque todo lo ganó para sí en la cruz nuestro divino Salvador, como lo habia anunciado él mismo: *et ego si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad me ipsum:* y en efecto, hasta en las últimas estremidades del globo ordenó ejercer su mision á los Apóstoles, *euntes in universum mundum.* La duracion de esta Iglesia será hasta el fin de los siglos, segun la promesa de su Divino Fundador: *ecce ego vobiscum sum omnibus diebus usque ad consummationem sæculi.* La mision comunicada por el Salvador á los Apóstoles fué la de enseñar su doctrina

á todos los hombres, cualquiera que sea su clase y su con-
dicion: la de santificarlos por medio de los Sacramentos,
la de cuidar que vivan con arreglo á sus preceptos y á sus
máximas, y en fin la de sostener en el mundo los de-
rechos de la Divinidad contra los empeños de las ti-
nieblas. *Euntes docete omnes gentes, baptizantes eos in*
nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti, docentes
eos servare omnia quæcumque mandavi vobis.

Ved ahí lo que es la Iglesia católica, con arreglo á
la enseñanza de los libros santos; ved ahí su constitu-
cion divina, su independencia, su superioridad sobre
todos los poderes de la tierra; ved ahí su condicion de
ayer y de hoy, tan inmutable como lo es su Divino Au-
tor, que la fundó sobre piedra sólida y estableció su for-
ma de gobierno hasta la consumacion de los siglos. No
hay que buscar en la Iglesia de Jesucristo esas variacio-
nes de que son susceptibles los imperios, que como ins-
tituciones humanas tienen que acomodarse á la marcha
de los tiempos y someterse al juicio de los hombres: no.
La constitucion de la Iglesia católica, como obra de Dios,
es perfecta en su género, y nadie, absolutamente nadie
puede alterarla ni reformarla. En ella, segun las dis-
posiciones de su Divino Fundador, no hay mas que dos
gerarquías: la del sacerdocio, que ha recibido su mision
soberana para enseñar y gobernar, y la de los simples
fieles que, sometidos á su magisterio y á su autoridad,
forman con aquel un cuerpo moral perfectamente ligado
entre sí, de que es cabeza Jesucristo, como lo encarece
el Apóstol. El que sin entrar por esa puerta, sin re-
cibir esa mision, que Jesucristo ha comunicado al sa-
cerdocio, se introduce en la Iglesia á enseñar y á go-
bernar, nos dice Él mismo, que es un ladron, que asalta el
edificio por las tapias para destruirlo y para robarlo: *qui*
non intrat per ostium in ovile ovium, sed ascendit
aliunde, ille fur est et latro.

Por mucha que sea la autoridad de los Príncipes de la tierra, su jurisdiccion no alcanza á la Iglesia de Jesucristo; está muy por encima de ellos esa elevada gerarquía entrañada en su constitucion divina, que arranca de la cátedra de Pedro y se estiende en proporcion de cada ministerio hasta el simple sacerdote. «No te mezcles en los asuntos eclesiásticos, decia el célebre Osio, Obispo de Córdoba al grande Constantino, ni presumas imponernos preceptos sobre ellos. A tí ha confiado Dios el imperio, y á nosotros ha encomendado la Iglesia y todo lo que pertenece á su ministerio.» *Tibi Deus Imperium commissit, nobis quæ sunt Ecclesiæ concredidit.* Esto mismo expresaba aunque con mas elevados conceptos y con palabras mas enérgicas el P. San Gregorio Nacianceno, cuando hablaba en estos términos á los Emperadores, «La ley de Jesucristo os sujeta, les decia, á mi imperio y trono, pues tambien nosotros tenemos imperio y mayor y mas perfecto que el vuestro, á no ser que se estime justo sujetar el espíritu á la carne y lo espiritual á lo terreno.» Y el P. S. Juan Crisóstomo, en unas brillantes palabras dignas de su gran ingénio, desenvuelve con toda claridad y perfeccion esta verdad fundamental del catolicismo. «Si quieres conocer, dice, la diferencia que hay entre el Sacerdote y el Rey examina el modo como se ha concedido á cada uno su potestad, y hallarás que el Sacerdote goza un lugar mucho mas sublime que el Rey; pues su trono está colocado en los cielos, y á él se ha concedido la administracion de los negocios celestiales, como lo acreditan las palabras del Salvador.»

Ved por qué los Apóstoles sin pedir licencia á nadie publicaron su Encíclica evangélica en Jerusalen, siendo así que su doctrina era abiertamente contraria á la sinagoga: y cuando los Príncipes de esta trataron de impedirlo y les mandaron callar, les contestaron

con una decision y una energía admirable: «reflexionad si será justo que nosotros cumplamos vuestros preceptos primero que los de Dios; no, no es posible que dejemos de predicar lo que hemos visto y oido, porque esta es la mision que hemos recibido del cielo.» Del mismo modo se espresaron delante de los Césares, y sin temer á las prohibiciones de estos, ni á sus amenazas, ni á sus castigos, predicaron el Evangelio en todas partes, condenando los errores y los vicios, hasta fijar Pedro su Cátedra en el mismo Capitolio, para enseñar desde allí y dar sus leyes á todo el mundo.

Es bien seguro que no se encontrará por mas que se rebusque, el sagrado libro de sus hechos, ni un solo acto que denote en los Apóstoles subordinacion ó dependencia del poder temporal, en lo que era concerniente á la mision que habian recibido de Jesucristo. Llenos sin duda de respeto estuvieron siempre á las autoridades de la tierra, porque así lo enseña y lo ordena el Salvador; porque ningun súbdito hay mas obediente que el cristiano que se forma con la doctrina del Evangelio; pero en las funciones de su apostolado siempre obraron con entera libertad é independencia, no solo sin consultar á la voluntad de los Príncipes, sino pasando por encima de ella, cuando se oponia á la mision que habian recibido de Dios.

Señores, y supuestos estos principios que son de fe católica, ¿quién no vé el atropellamiento que se hace al cielo en lo que pasa hoy entre nosotros con respecto á la Encíclica de Su Santidad? ¿quién no observa la mano del hombre levantada contra Dios? ¿quién no advierte las pretensiones de destruir su obra, de matar moralmente á Jesucristo, supuesto que Él vive en su Iglesia, que vive en Pedro, que está identificado con este, y por consiguiente no puede sacrificarse la autoridad de ese su representante en el mundo, sin que Él consume el mismo sacrificio?

Tan enorme sin duda es el atentado que cometen los que pretenden matar la Encíclica, someterla á la censura del poder temporal, prohibir su circulacion, quitar á los Obispos la facultad de publicarla, ó lo que es lo mismo, erigir los Príncipes de la tierra en jueces de la doctrina del Sumo Pontífice; levantar una cátedra encima de la cátedra de Pedro para reformar ó modificar la enseñanza que en el nombre y con la autoridad de Jesucristo da á los fieles, desligar los Obispos de la piedra fundamental del catolicismo, para que no de ella, como lo quiere y lo ha dispuesto su Divino Fundador, sino de los poderes de la tierra, segun á estos parezca mas ó menos oportuno, reciban el pasto que deben dar á su rebaño. Yo me horrorizo tan solo de pronunciar estos conceptos, y quiero persuadirme de que no los alcanzan ó no se hacen cargo de ellos, al menos muchos de los que suponen que la Encíclica necesita la autorizacion del poder temporal para ser recibida legalmente en las naciones. Pero es lo cierto que en el hecho solo de sujetar á exámen un documento de este género, puramente doctrinal, se invierte la disciplina fundamental de la Iglesia, se desfigura su constitucion divina, se atropella la dignidad del Vicario de Jesucristo y se le arrebata la autoridad que ha recibido de Dios.

Esto equivale á matar el Papado, señores, porque desde luego el Papa deja de ser lo que realmente es, si pierde el derecho de enseñar á sus hijos donde está la verdad y la mentira, donde el vicio y la virtud, qué doctrinas son conformes al Evangelio y cuáles lo dejan de ser: si para que se tenga por condenado lo que él condena, es preciso que ratifique su condenacion un Monarca de la tierra. Una Iglesia así constituida, mas bien que católica parece protestante, cuya suprema cabeza es la misma persona que rige los destinos del pais.

Y ¿dónde estaria entonces la unidad católica, señores? Figuraos, por ejemplo, que el Monarca de España juzga que de las proposiciones condenadas por Pio IX algunas no son falsas sino verdaderas, y que el de Francia piensa lo mismo de otras, y otra cosa piensa el de Austria, debiendo cada uno de los respectivos súbditos creer en esta parte lo que dispone su Soberano, una sería en este caso, con respecto á las proposiciones de la Encíclica, la fe de los españoles, otra la de los franceses, y otra la de los austriacos: ¡¡qué monstruosidad!!

Esta sola consecuencia unida á los antecedentes, que quedan consignados en el discurso, hace evidente á todas luces cuán mal se invocan las regalías de la corona para impedir la circulacion legal de la Encíclica; pues se vé que la naturaleza del documento no se presta al ejercicio de esas gracias pontificias; porque se trata puramente de doctrina, y este punto es tan exclusivo del dominio de la Iglesia, que ni el mismo Papa puede sujetarlo al exámen y á la aprobacion del poder temporal.

Cabalmente por eso no remitió el Santo Padre la Encíclica al Gobierno, como siempre se cuida de hacerlo con las Bulas, que, segun sus concesiones ratificadas en el Concordato, deben recibir la sancion real; sino la envió directamente á los Prelados, para que estos la trasmitieran á los fieles, al modo que lo ha hecho con todas sus anteriores Encíclicas, en que aparece condenado lo mismo que ahora se condena, sin que se dieran por ofendidos, ni hicieran la menor reclamacion los gobiernos católicos: prueba evidentísima de que ni la manera de publicarse la Encíclica, ni las ochenta proposiciones condenadas perjudican sus derechos legítimos, como que ninguna variacion se hace por ello en la disciplina de la Iglesia; ni se atacan las constituciones políticas de los Estados, ni se infringen los Con-

cordatos, ni se menoscaba la autoridad de los Monarcas; antes bien se robustece contra las pretensiones revolucionarias de la época y los principios disolventes de la sociedad.

¿Por qué pues, ahora esa reclamacion tan intempestiva y tumultuosa que tiene atronados nuestros oidos, segun son los gritos que se dan por todas partes, denunciando la Encíclica á la Autoridad? ¡Ah! *quia hæc est hora vestra et potestas tenebrarum:* diré yo á los declamadores con las palabras del mismo Jesucristo: porque estamos en los tiempos de la gran bestia del Apocalipsis, de la última persecucion del pueblo de Dios, en que el infierno hace sus mayores esfuerzos por acabar con Jesucristo, por echar abajo la cátedra de su enseñanza, por destruir su Iglesia, por dar muerte al Pastor para que se dispersen las ovejas.

¿No os llama la atencion que todos los que dan esos clamores delante del poder, para que no permita la circulacion de la Encíclica, son los mismos que la han publicado, y casi desde que la espidió Su Santidad vienen analizándola, comentándola y haciéndola el asunto de sus conversaciones y sus escritos? ¿Y esto no dice nada á vuestra inteligencia? ¿Puede darse una prueba mas evidente de que lo que ellos buscan con su ardiente solicitud no es que la Encíclica no se conozca, supuesto que ellos mismos la han dado á conocer; sino que se dé un golpe de muerte á la Autoridad Suprema de donde procede, que se avasalle al Vicario de Jesucristo negándole la accion que Dios le ha dado para enseñar á todo el mundo, para condenar todo lo que es erróneo, todo lo que se opone á los principios de verdad, de moralidad y de órden, predicados por la boca del mismo Jesucristo y consignados en su santo y divino Evangelio?

Ved ahí la razon del furor que han desplega-

dò contra los Obispos que han trasmitido á los fieles el documento Pontificio. ¿Por ventura no lo han trasmitido ellos igualmente? ¿Si en esto realmente se ha infringido nuestra legislacion española, no han sido todos igualmente culpables? ¿Sobre qué pues esas acriminaciones, ese fuego de indignacion, ese invocar contra los Obispos el código penal, como ardiendo en el deseo de verlos metidos con grillos en una cárcel ó condenados al destierro? Ah! es porque los Obispos publicando la Encíclica del Santo Padre acatan su autoridad suprema, y la sostienen en sus respectivas diócesis, y reconocen la superioridad y la independencia de la Silla de Pedro en todo lo concerniente á la enseñanza de los pueblos católicos. Esto es, lo que los desespera; porque ven levantarse delante de sus ojos un fuerte muro que no pueden ellos destruir, y que bien á pesar suyo sostiene la soberanía de la Iglesia docente, previniendo y malogrando con su ardiente celo sus miserables recursos para desvirtuar las Letras Apostólicas.

Y tan ciegos están, hermanos mios, que no solo acusan de rebeldía é insubordinacion á los dignísimos Prelados españoles, sino que tienen la audacia impía de llamarlos perjuros como infractores del juramento de fidelidad que prestan á la corona al tomar posesion de sus Sillas. Señores, ¿dónde estamos, cuando el frenesí de las pasiones y la libertad desenfrenada de la prensa arroja en medio de un país católico escándalos de este género? ¿Dónde estamos, cuando hombres que se tienen por católicos se desbocan en esos términos contra los ungidos del cielo que tienen entre nosotros la representacion del mismo Dios? ¿Dónde estamos, cuando así se calumnian las personas mas respetables y se desfiguran los hechos para atraer sobre ellas la censura y el odio de la sociedad? ¿Con que son rebeldes y hasta perjuros los Obispos que han publicado la Encíclica que les remitió

con este objeto Su Santidad, sin consultar para ello al Gobierno ni esperar su determinacion? Los que tal dicen, señores, ó tienen una malicia diabólica que les hace ocultar lo que saben, ó están muy poco instruidos en los juramentos que prestan los Prelados para recibir su dignidad. Yo pensando caritativamente quiero inclinarme á esto segundo, que como comprendereis muy bien, es hacerles todo el favor posible.

El primer juramento que presta un Obispo cuando está disponiéndose á recibir su dignidad, no solo por ordenarlo así los Sagrados Cánones, sino de Real órden; porque lo dispone el mismo Soberano que lo presenta para la Silla Episcopal; el primer juramento que hace, y con la mayor formalidad por cierto, pues designa el Monarca la persona que se lo ha de recibir, y se estiende por escrito, y se firma y queda, perpetuamente archivado en el espediente de su presentacion: su primer juramento, digo, es de guardar una perfecta obediencia al Romano Pontífice, de condenar y anatematizar todo lo que él condena y anatematiza, y de procurar que lo mismo hagan los fieles encomendados á su solicitud. Oid, mis amados hermanos, las palabras de esta cláusula interesantísima, *Romano Pontifici beati Petri Apostolorum Principis succesori, ac Jesuchristi Vicario, veram obedientiam spondeo et juro*: prometo y juro guardar rigorosa obediencia al Romano Pontífice, sucesor del Bienaventurado Pedro, Príncipe de los Apóstoles, y Vicario de Jesucristo: *hæreses quascumque ab Ecclesia damnatas, rejectas et anathematizatas ego pariter damno, rejicio et anathematizo*, todas las herejías que la Iglesia ha condenado, reprobado y anatematizado, las condeno yo igualmente, las repruebo y las anatematizo: *hanc veram catholicam fidem, extra quam nemo salvus esse potest::: integram inviolatam, usque ad extremum vitæ, spiritum, constantissime (Deo adju-*

vante) retinere et confiteri, atque a meis subditis teneri, doceri et prædicari, quantum in me erit curaturum::: voveo et juro; Juro y prometo conservar y confesar constantemente, con el auxilio de Dios, hasta el fin de mi vida, íntegra y sin la menor alteracion esta fe católica, fuera de la cual ninguno puede salvarse; y procurar asimismo, en cuanto me sea posible, que tambien la conserven, la enseñen y la confiesen mis súbditos.

Pregunto yo ahora, señores; ¿el juramento de fidelidad á la Corona, que despues prestan los Obispos, podrá ser en perjuicio de este primero, tan solemne por todas sus formalidades, y tan esplícito en sus palabras? El que tenga la insensatez de afirmarlo, dará prueba no solo de ignorar completamente la naturaleza y la doctrina del juramento, sino de no tener siquiera sentido comun. Aun el hombre mas rudo comprende á primera vista que este segundo juramento debe considerarse subordinado al primero, resultando de aquí que en los asuntos de enseñanza y de condenacion de falsas doctrinas, que son de la esclusiva incumbencia de la Silla Apostólica, no solo deben los Obispos cumplir sus determinaciones sin pedir licencia al poder temporal, sino que en el caso tristísimo de un desacuerdo entre ambas Potestades, los Obispos deben obedecer con preferencia al Sumo Pontífice, y contestar á los Príncipes de la tierra lo que contestaban los Apóstoles á los de la sinagoga y el gentilismo; *si justum est in conspectu Dei vos potius audire quam Deum, judicate.*

Ved, pues, mis amadísimos hermanos, si nuestro venerable Obispo y sus muy respetables hermanos, publicando la Encíclica, han sido rebeldes y perjuros, ó han cumplido una obligacion muy sagrada de conciencia, que los hace dignísimos de nuestro aprecio y veneracion.

Y para que acabeis de conocer cuán ciegos tiene á

esos hombres su odio á la Silla Apostólica, su deseo de acabar con ella, de deprimir su soberana autoridad, haceos cargo de la contradiccion chocantísima en que incurren; pues proclamando, segun sus principios, la libertad absoluta é ilimitada del pensamiento, acusando de tiranía y de oscurantismo á la Iglesia, porque se opone á ella, porque condena las falsas doctrina, porque prohibe la circulacion de los libros malos; y censurando agriamente al Gobierno, cuando se manifiesta inclinado siquiera á reprimir los escesos de la prensa, se indignan ahora de que hable Su Santidad y esprese sencillamente sus pensamientos, aprobando lo bueno y condenando lo malo para enseñanza de sus hijos; y no pudiendo taparle la boca, ni tampoco á los Obispos, se acogen á las regalías de la Corona, que como gracias de la Santa Sede, aunque estipuladas en el Concordato, no pueden suponerse en contradicccion con las funciones de su elevado ministerio, ni con los inviolables derechos de su altísima dignidad: invocan los fueros de la Monarquía, que tan mal parados han venido á quedar en el actual órden de cosas: y se manifiestan llenos de fuego por los derechos del Trono, hombres que á toda hora lo escarnecen y preparan su ruina con escándalo de la sociedad.

Todo esto hacen pidiendo sin piedad un ejemplar castigo para los Obispos, porque han hablado, porque han dicho á los fieles lo que para ellos les ha escrito Su Santidad: y para el Papa el mayor de todos los castigos, el despojo de su autoridad, el exámen y la retencion de las letras, que con la mision que le ha dado el cielo dirije á sus hijos. Si creo yo, señores, que algunos de estos hombres, que tanto aborrecen la inquisicion, la habian de recibir ahora con los brazos abiertos, si pudiera servirles para encarcelar á los Obispos, para deprimir la Encíclica y condenar los fueros inviolables de la Autoridad Papal.

Griten cuanto quieran pidiendo el sacrificio de ella, como pedian los judíos ser rociados con la sangre del Salvador; contra esta piedra sólida, que el Hijo de Dios fijó en el mundo, nadie puede prevalecer, señores; todo el que le dé golpes no conseguirá mas que su propia destruccion, segun lo anunció Jesucristo: *qui ceciderit super apidem listum confrigetur:* podrá permitir Dios en sus altos juicios un triunfo momentáneo de la iniquidad; pero ¡ay de sus enemigos el dia terrible en que la piedra se desplome sobre ellos! porque los dejará confundidos y aplastados con su golpe! *super quem vero ceciderit conteret eum.*

Este fué el resultado funestísimo que tuvo para los judíos su horrendo deicidio: y con el mismo desgraciadamente vendrán á encontrarse el hombre y la sociedad, si se empeñan en destruir la obra de Dios, en poner su pié encima de la Divinidad para erigirse un trono sobre su ruina, segun son hoy las tendencias del siglo, como lo demuestra lo que está sucediendo con la Encíclica de S. S., que sobre burlarse de ella los hombres, y calumniarla é insultarla, quieren someterla al juicio y decision de los poderes de la tierra, que es destruir la constitucion divina de la Iglesia católica y matar moralmente en su legítimo Vicario á Jesucrito Nuestro Señor.

Porque Pio IX tiene un corazon de padre; porque en su pecho arde la caridad divina; porque en sus entrañas está concentrada la misericordia infinita de nuestro Dios; llora amargamente en el interior de su alma los desórdenes que nos arrastran á ese abismo; y deseando con vivas ansias salvarnos de él, pone en movimiento á toda su gran familia llamándola á la oracion, á la penitencia, á las obras de misericordia, para aplacar la indignacion divina; para alcanzar del cielo el remedio de tantos males, que no puede ser otro que

la fé cristiana, la fé que hace al hombre todo de su Dios, que somete su inteligencia á la enseñanza de la Iglesia, como maestra única de la revelacion, instituida por el mismo Jesucristo, y su voluntad á la direccion de la misma Iglesia, como representante de su autoridad soberana en el mundo, y ministro de su misericordia, que debe aplicarnos los frutos de la Redencion y conducirnos por la senda de la ley evangélica á la patria feliz de la inmortalidad. Con tan piadosas miras ha concedido nuestro Smo. Padre el Jubileo plenísimo, cuyo plazo empieza á correr en esta Diócesis desde el dia de mañana, segun lo dispuesto por nuestro Ilmo. Prelado.

Correspondamos, amados hermanos mios, á este llamamiento de nuestro comun Padre, que es una voz de salvacion; no nos contentemos con practicar las obras prescritas para ganar la indulgencia; oremos diariamente, multipliquemos nuestras penitencias y buenas obras; unámonos en espíritu á las muchas almas justas que en estos dias elevarán sus plegarias al Señor; y sobre todo unámonos al Sumo Sacerdote, que puesto á la cabeza del pueblo católico, se postra delante del tabernáculo para pedir á Dios el perdon de sus enemigos, como lo pedia el Salvador desde la cruz: *Pater, dimitte illis: non enim sciunt quid faciunt:* la conversion y no el exterminio de los que le ofenden y maltratan: esto es lo que pide Pio IX; el triunfo de la religion santa y con él la renovacion de la sociedad; el restablecimiento de todos sus grandes intereses; la felicidad temporal y eterna de todos los hombres. Pidámoslo así nosotros, sin cansarnos, sin desfallecer en nuestra oracion, hasta que veamos despejarse la tempestad y resplandecer el dia claro, en que Dios sea conocido y amado de todos los hombres.

Estos son, Jesus, amorosísimo, nuestros votos, estos nuestros mas ardientes deseos, esta la súplica que ponemos á tus piés como el mejor desagravio, que pode-

mos ofrecerte por las ofensas que hemos deplorado en estos tres dias de ejecicios; acójela, Señor, benignamente, y otórgala con tu gran misericordia, para que levantándose triunfante la Iglesia de los enemigos que hoy se burlan de ella, y la maltratan y quieren sacrificarla, ganados estos para sí, como trofeos de su insigne victoria, entonemos en santa compañía los cánticos de tu gloria en la tierra, y despues de esta vida los continuemos en el cielo por los siglos de los siglos.
